



# Etnogerontología: el sentido étnico de los procesos de envejecimiento y de las relaciones intergeneracionales

María G. Morgante y María Rosa Martínez  
Universidad Nacional de La Plata  
Argentina

## Resumen

La Etnografía, desde sus inicios, no ha generado mayores investigaciones referidas específicamente a los viejos. En los últimos años advertimos un creciente interés por los estudios etnográficos acerca de la vejez, el envejecimiento y las relaciones intergeneracionales, vinculados a los procesos de transición demográfica y el concomitante debate científico, pero también político y económico, sobre el problema del envejecimiento. El mismo conduce a reflexionar acerca de la manera en que múltiples categorías coexisten y se confrontan para resaltar cualidades de los viejos como individuos o de la vejez como etapa del trayecto o curso vital, con sus consiguientes valoraciones. Al mismo tiempo, permite indagar en los espacios sociales asignados a este grupo para interactuar con otros sectores de la población –en especial intergeneracionalmente- y a evaluar las políticas y/o iniciativas tendientes a mejorar su calidad de vida, y su participación activa en espacios sociales diversos. Esta presentación se propone reflexionar acerca de los análisis etnogerontológicos con énfasis en el trabajo en docencia, investigación y extensión realizado por las autoras en el contexto mayor de una Antropología de la Vejez.

## Introducción

edad, vejez y relaciones intergeneracionales desde la perspectiva etnográfica

La edad constituye una marca social, que combina distinciones objetivas y subjetivas, y uno de los parámetros

posibles para la caracterización del individuo dentro de cada sociedad. Todos los grupos humanos establecen algún tipo de asociación entre sus miembros a partir de una distinción etaria- que incluye la categoría “viejos”<sup>3</sup>- y compara a los integrantes de las generaciones más jóvenes con las de los mayores, lo que nos conduce a interrogarnos acerca del significado étnico de esos ordenamientos.

Longevidad, grupos de edad y generaciones son componentes fundamentales para la comprensión de la sucesión de momentos del trayecto vital, y los mismos solo adquieren sentido pleno a la luz del contexto sociocultural en el que se inscriben. Por tal razón la Etnografía es un campo fructífero para el abordaje de los estudios de las generaciones, atendiendo a las continuidades y transformaciones en los procesos de envejecimiento, y las conceptualizaciones en torno a la vejez en diferentes sociedades, en particular.

Los estudios etnográficos realizados a partir del siglo XIX en “sociedades a pequeña escala”<sup>4</sup> introducen el concepto de clasificación por edades y de “ritos de paso”<sup>5</sup>, que marcan el tránsito de un estatus de edad al próximo, en el contexto de las trayectorias vitales. Estos estudios focalizan en la edad social, y en los roles y hábitos de un individuo con respecto a otros miembros de una sociedad, más que a la edad biológica. Asimismo consideran a las generaciones como cohortes<sup>6</sup> y como linajes<sup>7</sup>. Ello implica contemplarlas en cuanto grupo que transmite valores e influye en otros conjuntos de la sociedad, y también como segmentos que participan genealógicamente dentro de su ámbito más inmediato.

La Etnografía utiliza la expresión ciclo de vida para aludir a la sucesión de “edades” por las que atraviesan los seres humanos a lo largo de su trayectoria vital, que es esperable se repita generacionalmente. En tal sentido algunos autores

enfatan desde una perspectiva teórica la expresión ciclo vital para dar cuenta de la repetición de cada trayectoria, tanto en términos culturales como biológicos. Sin desconocer el proceso de cambio socio-histórico, este tipo de abordaje privilegia una aproximación sincrónica<sup>8</sup>. Un acercamiento antropológico a la vida humana -como proceso dinámico que integra dimensiones biológicas y psico-socio-culturales- debe considerar la complejidad y variabilidad de las experiencias, enmarcadas en contextos socioculturales e históricos, y aportar a una visión transcultural (Gómez, 1995; Remorini, 2008). En cada sociedad, la consideración de las aptitudes y capacidades que los individuos poseen en diferentes momentos de su vida asumen la forma de modelos institucionalizados. Estos modelos sirven para definir etapas y transiciones, asociar a cada una de ellas atributos y roles, delimitar comportamientos socialmente aceptados y consecuentemente sancionar aquellos inadecuados. Desde este punto de vista, la edad cronológica es redimensionada mediante la asignación de significados culturales. Infancia, adolescencia, madurez y vejez, son momentos que suponen cambios dentro de un programa de comportamiento, de alguna manera, guiado por la biología (Sáez et. al, 1993). Uno de los aportes fundamentales de la Etnografía radica en las observaciones que debaten la universalidad del contenido de las mismas, confrontando las condiciones psicológicas con el sentido étnico que cada grupo norma para sus pares (Mead, 1927). Desde allí, el estudio de las representaciones culturales acerca del curso vital ha ocupado un lugar importante en la producción etnográfica no solo sobre sociedades aborígenes y campesinas, sino también en contextos urbanos. En el marco de estos enfoques, los trabajos tienden a distinguir el interjuego dinámico entre individuos y sociedad, a partir de la combinación de los niveles analíticos estructurales e individuales, articulando las temporalidades del sujeto y las de la historia (Lalive d'Epina y et al., 2011). No obstante el interés temprano por las edades, y acompañando la emergencia tardía de una Cultura de la vejez y de la irrupción de los "ancianos" como un colectivo específico (Fericgla, 2002)<sup>9</sup>, la Etnografía durante largo tiempo no ha generado mayores investigaciones referidas específicamente a los viejos.

El creciente interés, en los últimos años, por los estudios etnográficos acerca de la vejez, el envejecimiento y las relaciones intergeneracionales se vincula a los profundos cambios que están ocurriendo en la longevidad humana y en la supervivencia de los mayores. Ante uno de los rasgos que define los finales del siglo XX y los inicios del siglo XXI, y que consiste en el envejecimiento en general de la población mundial con énfasis en los países desarro-

llados, el interés académico conjuga la novedad histórica del tema con sus múltiples consecuencias. El envejecimiento en América Latina es, en conjunto, más bajo que la media mundial (García, 2005). Sin embargo, cuatro países superan esa media, entre los que se ubica Argentina. Este país inicia el siglo XXI con una expectativa de vida de 72 y 79 años, respectivamente para varones y mujeres. El aumento de la longevidad, se acompaña en muchos casos con la mejora de las condiciones de vida de los sujetos envejecientes, ya que los países más envejecidos suelen ser aquellos que alcanzaron mejores indicadores de desarrollo económico<sup>10</sup>.

De este modo, los procesos de transición demográfica y el concomitante debate científico, pero también político y económico sobre el "problema del envejecimiento", conducen a reflexionar acerca de la manera en que múltiples categorías coexisten y se confrontan para resaltar cualidades de los viejos como individuos o de la vejez como etapa del curso vital, con sus consiguientes valoraciones. Al mismo tiempo, permiten indagar en los espacios sociales asignados a este grupo para interactuar con otros sectores de la población -en especial intergeneracionalmente- y a evaluar las políticas y/o iniciativas tendientes a mejorar su calidad de vida, y su participación activa en espacios sociales diversos (Martínez et. al, 2008, 2010 y 2012; Morgante y Martínez, 2011 y 2013; Morgante y Valero, 2013).

En el marco de nuevos enfoques que buscan trascender los acercamientos específicos de cada disciplina realiza (Elena, 2004), la Antropología -y en particular la Etnografía -pueden aportar -junto a la Historia, la Sociología, la Psicología, las Ciencias de la salud y otras-, a la comprensión holística de los procesos de envejecimiento en la actualidad, y a las experiencias en torno a la vejez y los viejos en cada contexto sociocultural, atendiendo no sólo a la diversidad sino también a la convergencia<sup>11</sup>. Dicha pretensión holística implica que el estudio sobre la vejez se inscriba en el marco de un proyecto de Antropología del ciclo vital y de las relaciones intergeneracionales como "marco de análisis global" (Feixa, 1996).

Asimismo, desde una perspectiva intergeneracional, debe considerarse a la socialización como dialógica, con un carácter multidireccional en el cual la transmisión de conocimientos y valores no solo sucede desde las generaciones mayores a las más jóvenes, sino también en dirección inversa.

Por tal razón se considera central mantener redes sociales sólidas en la vejez, como parte de un proyecto de "envejecimiento exitoso"<sup>12</sup>. Discutiendo antiguas concepciones sobre el carácter disruptivo de los jóvenes como agentes de cambio frente al sostenimiento de la tradición de parte de los viejos,



el interjuego dialógico exige repensar la dinámica propia de cada sociedad, en la que cada momento es el resultado de las negociaciones entre sus agentes. Ello también implica reflexionar sobre el tiempo histórico, no sólo en torno a procesos a largo plazo, y sus influencias, sino también sobre una serie de acontecimientos económicos, políticos y sociales e ideológicos, que experimentan los individuos a lo largo de sus trayectorias, y que influyen en ellos en tanto miembros de una sociedad particular.

Por lo antes expuesto, consideramos que la Etnogerontología posibilita un abordaje del envejecimiento y de la vejez tal como son concebidos por los propios actores en distintas sociedades, a través del cual es posible evaluar variabilidad y convergencia en diferentes culturas y al interior de un mismo grupo (Reyes, 2002; Martínez et. al, 2002). Igualmente revisa categorías naturalizadas acerca del proceso de envejecimiento y contribuye a contrapesar la incidencia de factores individuales en el marco de procesos de cambio a diversa escala y el carácter normativo de los contextos de sociabilidad de los sujetos. Por lo antes dicho, la Etnogerontología se define como un subcampo disciplinar interesado por el conocimiento antropológico sobre realidades socioculturales particulares acerca del envejecer y los viejos, delimitadas temporal y espacialmente, y susceptibles de ser comparadas entre sí. De dicha comparación resultan diversos aspectos de este proceso, y de la condición etárea, que atienden a la comprensión holística del fenómeno en una tensión entre lo natural (el envejecimiento propio del hombre en su condición de especie) y lo cultural (el modo en que se experimenta socioculturalmente el camino hacia la vejez). Entonces, consideramos que el aporte fundamental de la Etnogerontología consiste en la caracterización de la vejez en plural, a partir de principios de identificación entre pares y de diferenciación frente a miembros de otros conjuntos etéreos. De allí derivan el sentido étnico del envejecimiento y la importancia de las relaciones intergeneracionales. De este modo, combinando las nociones de generaciones, vejez y de variabilidad sociocultural, la perspectiva etnogerontológica pretende aportar a políticas de atención, práctica e investigación en el marco de un mundo globalizado.

Atendiendo a las consideraciones antes señaladas, esta presentación se propone reflexionar acerca de los análisis etnogerontológicos con énfasis en los trabajos de docencia, investigación y extensión realizados por las autoras en el contexto mayor de una Antropología de la Vejez.

#### **Etnogerontología: experiencias en docencia, investigación y extensión.**

Nuestra experiencia desde el campo de la Etnogerontología de Misiones, y grupos campesinos del

valle Calchaquí (departamento de Molinos, provincia de Salta) y puneños (departamento de Susques, provincia de Jujuy) de Argentina (Morgante y Martínez, 2011)<sup>16</sup>. Ello posibilitó revisar perspectivas homogeneizantes respecto de la vejez y de los viejos considerados como un colectivo, en confrontación con miembros de otras generaciones. Dicha confrontación constituye un supuesto de base naturalizado en gran parte de nuestras sociedades, a través de una presumida incapacidad de adaptación de los ancianos a los nuevos contextos socioculturales y a las innovaciones tecnológicas, así como a la dificultad de compartir un código común con otros más jóvenes. Entre otros resultados, estas investigaciones confluieron en afirmar que la valoración que este tipo de grupos campesinos e indígenas realizan acerca de sus mayores combina cuestiones vinculadas a su edad biológica con diversos aspectos, tales como su aptitud psico-física, su capacidad y modo de relacionarse con otros miembros de la comunidad y su potencial productivo, tanto en términos estrictamente materiales como simbólicos. Además observamos que dicha apreciación incluye la consideración del tránsito de cada sujeto en su trayectoria de vida en particular, lo que nos condujo a advertir sobre el valor relativo de los modelos gerontocráticos para estas sociedades. Por tanto, los colectivos mayores, viejos, abuelos, ancianos u otros vinculados a este momento de la edad de los sujetos merecen leerse bajo su vinculación con la condición de género, los sistemas económicos, de parentesco y político, los aspectos rituales y religiosos y la concepción respecto del comienzo y final de la vida. Ello también permitió advertir que, en algunos casos, ciertos ritos de pasaje como el retiro de la actividad productiva o del mercado de trabajo suelen ser menos pronunciados e incluso inexistentes. Asimismo, y a partir de la comprensión de la cosmovisión propia de cada una de estas sociedades, observamos que la vinculación con la muerte como etapa que marca el final de la existencia física adquiere un sentido menos traumático que el que podemos observar para el caso de los viejos en contextos urbanos.

A partir de todo ello, nos permitimos examinar la potencialización del culto a la juventud y la marginación del viejo en el mundo urbano, así como una relación inversa para el caso de otras sociedades. A la vez evaluamos que, en el discurso de los propios actores, ni el pasado es positivamente valorado y remitido con nostalgia en términos absolutos, ni el presente está cargado de la negatividad que desata el apego a la tradición. Como sostienen Reyes y Villasana: "... si bien el proceso de envejecimiento de la población es un fenómeno

global, la vejez es heterogénea y distingue las diferencias sociales y culturales que hay que considerar al diseñar políticas públicas o acciones que incidan en el nivel de vida de la población vieja” (Reyes y Villasana, 2009, p. 336). Ellos nos llevó a la necesidad de remitir a múltiples escenarios de envejecimiento, variedad de procesos y, consecuentemente, distintas formas de ser viejo o vejeces.

Finalmente, en los últimos años hemos incorporado ejercicios de investigación y prácticas de extensión entre nuestros estudiantes de grado, la gran mayoría de ellos jóvenes de poco más de veinte años de edad, tomando como foco a los alumnos adultos mayores del programa de educación permanente, de más de sesenta y en algunos casos hasta noventa años. Esta interacción nos permitió seguir conociendo el universo de los viejos, en este caso en ámbito urbano, a la vez que permitió establecer nuevos contextos de interacción e intercambio generacional. La repetición de esta experiencia, aún incipiente, a lo largo del tiempo se presenta como un campo abonado para la formación del perfil profesional bajo el prisma de la Etnogerontología, generando nuevos interrogantes tanto en el terreno de lo conceptual como de lo metodológico.

### La metodología en Etnogerontología

Al igual que la Etnografía, la Etnogerontología puede comprenderse en tanto proceso que parte de la formulación de un problema de investigación y que da lugar al desarrollo de un proyecto; y como producto, esto es, como el conjunto de resultados que emergen del proceso. Tanto la investigación en el campo como el análisis de los resultados responden a prácticas discursivas y, consecuentemente, están atravesadas por las subjetividades de los actores intervinientes. El recorrido profesional antes aludido nos condujo a reflexionar sobre la metodología de trabajo aplicada al desarrollo de la Etnogerontología y, en particular, sobre el modo en que ello puede sesgar las caracterizaciones acerca de los viejos, contribuyendo a la formulación de estereotipos y modelos que exigen cierta revisión.

Hasta hace pocas décadas los viejos fueron para los etnógrafos sujetos considerados relevantes en su condición de informantes “clave”,<sup>17</sup> ya que por encontrarse en la última fase del ciclo vital se convertían en expertos para caracterizar todos los aspectos referentes a la cultura de la que formaban parte, fundamentalmente de su pasado. En este sentido, eran considerados custodios de la tradición cultural. Sin embargo, al mismo tiempo y en igual medida, al focalizar en los relatos que aluden más al pasado que al presente de cada sociedad, se los invisibiliza de sus roles y estatus actuales, en tanto

personas de un grupo etéreo con características propias.

Asimismo, el estudio sobre las vejeces se ve afectado por las mismas consideraciones realizadas sobre la práctica etnográfica, en general, durante el último medio siglo cuando se propone un trabajo reflexivo en torno al otro devenido en objeto de estudio, así como a la particular situación del etnógrafo que lo estudia. Las etnografías que durante mucho tiempo fueron consideradas fuentes de conocimiento objetivo, son abordadas desde los autores posmodernos como textos construidos en los que se proyecta no solo la subjetividad del investigador sino también el conjunto de racionalidades, categorías y valores de la sociedad occidental (Pujadas i Muñoz, 2010).

Esta mirada crítica alcanza a los estudios etnográficos que, en algún grado, daban cuenta de la problemática sobre la vejez advirtiendo que los mismos aparecen matizados por un fuerte sesgo cronocéntrico y androcéntrico. Ello sucede porque durante varias décadas los trabajos en el campo fueron realizados casi exclusivamente por etnógrafos varones adultos que, en muchas o la totalidad de los casos, trabajaban con u observaban a varones adultos y viejos. En términos metodológicos ello nos conduce a reflexionar sobre la importancia de las condiciones de género y edad, entre otras, de nuestros informantes como así también del investigador. Del mismo modo, nuestra condición de mujeres como autoras tampoco debe desestimarse, en la medida en que también sesga el análisis de los resultados de esta y otras presentaciones. Al respecto, algunas de nuestras reflexiones se vinculan con el interrogante sobre la elección de la vejez y las problemáticas del envejecimiento como objeto de estudio (Martínez et. al., 2008).

Resultado de esta mirada parcial y soslayada, muchos estudios enfatizaron “... el papel gerontocrático de los ancianos bajo un modelo hipotético que consideraba a la vejez como un período homogéneo de roles, dando así una imagen idílica del viejo que gozaba de alto estatus social, era respetado, venerado, obedecido y protegido por sus descendientes; bajo esta perspectiva teórica el viejo en las comunidades indígenas tenía muchos de sus problemas resueltos, a diferencia de los viejos urbanos” (Reyes, 2002, p. 19). Los estudios etnográficos sobre vejez en comunidades rurales de nuestro país, muchas de ellas indígenas muestran que, como resultado de los fenómenos demográficos y económicos, los viejos se vinculan a escenarios con diversidad de oportunidades, múltiples modos de relacionarse intergeneracionalmente y heterogeneidad de comportamientos. Por todo ello, este tipo de comunidades se nos presenta como un



campo de estudio interesante y complejo para comprender el envejecimiento en plural. A partir de ello es posible observar que cada sociedad concibe a sus viejos de acuerdo a los actuales estilos de vida. De este modo, "...comprender la vejez, pone en escena las diversidades que constituyen las personas ancianas, enriqueciendo así la noción de sujeto sustentada hasta entonces: de un sujeto percibido nada más que a partir de su edad, emerge uno múltiple, atravesado por la pluralidad. Sujeto, asimismo, que se constituye en cada cultura y que adquiere identidad de acuerdo a un *ethos* particular" (Huenchan, 2005, p. 4).

Las investigaciones etnográficas e interdisciplinarias realizadas por las autoras y otros miembros del equipo de trabajo, entre los años 1982 y 2014, tendientes al conocimiento y caracterización de las actividades de subsistencia se desarrollaron a través de numerosos y relativamente extensos estudios de campo en diferentes poblaciones de nuestro país. Consideramos adecuado adoptar como punto de partida para nuestra indagación la "unidad doméstica"<sup>18</sup>, ya que resulta ser un espacio y a la vez un concepto adecuado que promedia y alberga las tensiones resultantes de la convivencia de dos o más generaciones en su interior, y en su articulación con otros contextos a nivel local y regional. Asimismo nos permite visualizar y comprender diferentes aspectos que delinear el actual modo de vida de los viejos; y la importancia de estos vínculos para la subsistencia del grupo, en virtud de las diferencias en los conocimientos, aptitudes, valores y experiencias que se ponen en juego al momento de evaluar alternativas de acción y tomar decisiones atendiendo a los cambios producidos en el modo de vida en contextos rurales (Freidin, 1999).

La información analizada surge del material relevado fundamentalmente mediante el empleo de técnicas cualitativas, entre las que seleccionamos la observación directa, observación participante, y entrevistas en profundidad, realizadas con mayor frecuencia a personas adultas y ancianas de ambos sexos. Destacamos, entre todas ellas, la aplicación de entrevistas en profundidad debido al estrecho vínculo que se crea con nuestros interlocutores, así como por el significativo material empírico que provee en cuanto a volumen y calidad de la información. La relación que se construye con nuestros interlocutores a través del tiempo genera en el investigador, así como en los sujetos con los cuales interactuamos, un mayor grado de conocimiento, familiaridad, confianza y disposición al diálogo, a la vez que nos habilita a participar en distintas escenas cotidianas. Asimismo hemos recurrido al uso de las mismas de manera flexible, atendiendo a las condiciones que presentaban cada uno de los encuentros (entre investigador e

informantes) y acorde a los contextos que las hacia propicias a lo largo de la investigación. Consecuentemente nuestros resultados proceden de observar lo que pasa, escuchar lo que se dice y preguntar, recogiendo todo tipo de datos disponibles para arrojar luz sobre los múltiples aspectos implicados en el tema abordado (Hammersley y Atkinson, 1994). Estas estrategias, como parte de nuestros estudios a micro escala, permiten explorar y profundizar en las percepciones y vivencias respecto del ser viejo, observar las relaciones con otros miembros de la unidad doméstica y, más allá de ella, en el contexto de diferentes eventos y actividades.

Las formas de registro de la información la constituyen grabaciones en audio y video, notas y diarios de campo, croquis, mapas y fotografías. Cada una de ellas fue empleada en aquellas circunstancias que lo hicieron posible y con el debido consentimiento de las personas involucradas. Cabe destacar que, al momento de internarnos en la relectura de las transcripciones y al retornar a la escucha de las voces, ambos materiales resultado de entrevistas en profundidad y observaciones, nos conducen a considerar comparativamente experiencias y perspectivas de hombres y mujeres respecto de la vejez y de sus trayectorias vitales. Por otra parte, el análisis de la documentación fotográfica y filmica resulta de importancia toda vez que aporta información adicional acerca de escenas, espacios e interacciones que durante el transcurso de entrevistas y observaciones pudieron pasar desapercibidos o minimizados, pese a nuestra supuesta mirada atenta.

## Conclusión

### Algunas reflexiones sobre el sentido étnico del envejecimiento y de las relaciones intergeneracionales.

A partir de los aspectos arriba señalados, las poblaciones envejecientes resultan un ejemplo de identidad grupal que se ha caracterizado en las distintas sociedades como una expresión marginal respecto de la comunidad mayor que las contiene. La vejez ha sido históricamente un problema en la medida en que la merma o la desaparición de la capacidad económico-productiva de los mayores significan necesariamente que su supervivencia dependa de y recaiga en otros. Dicho problema tiende a adquirir mayores dimensiones con el paso del tiempo y el aumento de la longevidad, bajo un esquema que congela la pérdida de su aporte económico pero extiende el tiempo que transcurre entre tal "retiro" y la muerte. En esa ecuación, y desde la consideración de este grupo etario como

sector absolutamente pasivo, el peso que genera sobre esos otros es cada vez mayor. Parte de dicho problema reside en las mismas barreras lingüísticas que separan a los viejos de los otros (Hazan, 1994, citado en Rubinstein 1995), unifican bajo tal denominación grupos heterogéneos de sujetos y confieren connotaciones y valoraciones uniformes para la relación entre éstos y los otros. De hecho muchos estudios recientes exigen repensar subdivisiones al interior de una categoría antes indivisible. Gran parte de estas consideraciones son nocivas e inflexibles, y se sostienen en el carácter improductivo de los viejos vinculado exclusivamente al aporte en lo económico. Cuando dicho concepto de productividad es antropológicamente cuestionado para incorporar, entre otras, la noción de productividad de sociabilidades (Warnier, 2002), igualmente cuestionado resulta el estereotipo de negatividad con el que suele vincularse a los viejos.

La Etnogerontología nos provee herramientas para observar el modo en que el modelo de familia y las relaciones de género e intergeneracionales, remiten, entre otros, a una discusión respecto de la variabilidad intra e intercultural del envejecimiento como proceso y de la vejez como situación vivenciada. La alternativa metodológica de recurrir a las narrativas como un modo de recuperar la memoria generacional y de colocar cada sujeto (y cada momento de la vida de un sujeto) en la trama de una trayectoria y de un ciclo de vida, torna los estudios etnogerontológicos como un campo especialmente fértil para caracterizar, distinguir y proyectar tal variabilidad. Asimismo la escala de trabajo, que enfatiza en las pequeñas comunidades o recrea esta escala para el tratamiento de las sociedades complejas, permite combinar la observación sistemática del devenir de los sujetos mayores en la trama de relaciones, complementando y enriqueciendo los datos discursivos.

El camino disciplinar recorrido y la demanda de diálogo interdisciplinar de parte de aquellas ciencias que se han interesado por diversos aspectos del envejecimiento en las sociedades industriales, exige a la Etnografía hablar, no solo desde sus viejos, sino también sobre sus viejos. Y hablar de ellos desde los pares, pero reconstruyendo asimismo la mirada de conjunto que solo se alcanza considerando la multiplicidad de voces que incluye a los miembros de otras generaciones.

Consideramos que el aporte de nuestros estudios etnogerontológicos permite revisar representaciones, valoraciones y estereotipos construidos en torno a la vejez, que provienen de otros contextos y que se presentan como modelos que en múltiples situaciones no se corresponden con las realidades locales. Esta perspectiva contribuiría con valiosa

información y herramientas adecuadas al diseño e implementación de políticas públicas en relación a la vejez atendiendo a las expectativas de una población particular en el marco de un mundo globalizado. Ello resulta de importancia central al momento en que asistimos a un envejecimiento de las pirámides poblacionales, que alcanza a las comunidades aborígenes y campesinas, acompañado por una mejora en las condiciones y calidad de vida. Esto conduce a la necesidad de pensar e involucrarnos en la creación de espacios de interacción que contemplen y atiendan sus demandas de agencia social.

## Referencias

- Castillo S. (2009). Envejecimiento exitoso. *Revista Clínica Médica Condes*, 20 (2), 167-174. Cordero, L; Cabanillas, S. y Lerchundy, G. (2003). *Trabajo social con Adultos Mayores. Intervención profesional desde una perspectiva clínica*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Cornachione, M. (2008). *Vejez: aspectos biológicos, psicológicos y sociales*. Córdoba: Brujas.
- Crivos, M y Martínez, M. R. (1996). Las estrategias frente a la enfermedad en Molinos (Salta, Argentina). Una propuesta para el relevamiento de información empírica en el dominio de la etnobiología. En: *Contribuciones a la Antropología Física Latinoamericana (Memoria del IV Simposio de Antropología Física Luis Montané)* (99-104). La Habana: Instituto de Investigaciones Antropológicas - UNAM/Museo Antropológico Montané, Universidad de La Habana.
- Elena, A. M. (2004). *El Adulto Mayor. Hacia una nueva categoría social*. Rosario: Módulo.
- Feixa, C. (1996). Antropología de las edades. En Prat, J y A. Martínez (ed.). *Ensayos de Antropología Cultural*. (319-334). Barcelona: Ariel.
- Fericgla, J. (2002). *Envejecer. Una Antropología de la ancianidad*. Barcelona: Herder.
- Freidin, B. (1999) El uso del enfoque biográfico para el estudio de las experiencias migratorias femeninas. En Sautu, R. *El método biográfico. La reconstrucción de la sociedad a partir del testimonio de los actores* (61-90). Buenos Aires: Belgrano.
- García, B. (2005). El envejecimiento en América Latina. En Bazo, M. T. (coord.). *Envejecimiento y sociedad: una perspectiva internacional*.